

El ciclo transformador de dar y recibir

Exposición sobre la práctica de *dákshina* de Siddha Yoga
por Mark McLaughlin

En el sendero de Siddha Yoga, el mes de Gurupúrnima es una época para honrar y venerar a Shri Guru, para reflexionar en las abundantes bendiciones que Shri Guru otorga y para expresar gratitud por todas las maneras en que la gracia de Shri Guru se manifiesta en nuestra vida. Parte de las celebraciones durante el mes de Gurupúrnima es el ofrecimiento de *dákshina*.

Dákshina es la práctica de hacer una ofrenda monetaria al Guru, y es una práctica fundamental en el sendero de Siddha Yoga. Cuando los estudiantes ofrecen *dákshina* de manera regular, participan en el poderoso ciclo de dar y recibir.

En la creación encontramos muchos ejemplos del ciclo de dar y recibir. El agua de los ríos, de los lagos y los mares se evapora en nubes, y las nubes vierten esa agua de regreso como la lluvia dadora de vida. Las plantas reciben dióxido de carbono del aire y lo regresan como oxígeno; los animales respiran ese oxígeno y lo regresan como dióxido de carbono, sosteniendo la vida en este planeta. Un campesino se esfuerza para cultivar la tierra y la hace más fértil, y la tierra a cambio le brinda cosechas de alimentos; esos alimentos nutren al campesino y a la comunidad circundante. Adonde sea que miremos, percibimos el ciclo de dar y recibir, y vemos cómo este ciclo se sustenta a sí mismo mientras nutre las actividades de la vida.

En tiempos antiguos, los videntes védicos procuraban alinear los *yajñas* o rituales de fuego con el ciclo de dar y recibir. En el *yajña*, el sacerdote oficiante hace ofrendas, a menudo llamadas *ahutis* (oblaciones), al fuego

sagrado —un símbolo de la luz de la Conciencia que está presente en toda la creación. Puesto que un *yajna* es un acto de adoración, los sacerdotes ofrecen los mejores ingredientes: leche, *ghi*, miel, granos, semillas de ajonjolí, arroz y otros símbolos de la abundancia de la naturaleza. Aquellos que ofrecen el *yajña* entienden que cualquier beneficio que pueda provenir de su ritual no les toca escogerlo a ellos, puesto que se determina en el reino de la Divinidad. Su *dharma*, su deber, es dar, hacer ofrendas generosas.

Los sabios que formularon las prácticas del yoga se inspiraron en el principio de dar y recibir que es el fundamento del *yajña*; de muchas maneras las prácticas yóguicas reflejan las *ahutis* de los rituales védicos. Ellos guían al estudiante espiritual para ofrecerse a sí mismos a Dios; para ofrecer sus pensamientos, palabras y acciones. En las prácticas de meditación recomendadas por escrituras tales como la *Bhagavad Gita* y el *Vijñana Bháirava*, uno concibe la luz del Ser como un fuego al que se ofrecen las actividades mentales y los objetos de la percepción sensorial, para que estos puedan disolverse en la Conciencia. Otro ejemplo es el canto o la recitación de mantras; uno ofrece plenamente su voz en alabanza o invocación de la Divinidad. Y en la *seva*, uno ofrece acciones en servicio desinteresado al Guru.

La práctica de *dákshina*, de igual manera, evolucionó a partir de esta sagrada tradición de dar de uno mismo. La *dákshina* es una forma de adoración, una manera de obsequiar los frutos del propio trabajo a la luz de la Divinidad. Uno de los significados tradicionales de la palabra sánscrita *dákshina* es “ofrenda que el estudiante hace al maestro”. Mediante este acto de dar, el estudiante reconoce el valor del conocimiento recibido del maestro.

Como todas las prácticas espirituales, la *dákshina* concede el más profundo logro cuando se lleva a cabo desinteresadamente y con dedicación y entendimiento correcto. Cuando un discípulo practica regularmente la *dákshina*, nutre la transformación interna que la gracia del Guru ha puesto

en movimiento, hasta que finalmente el discípulo se establece en el estado que el Guru personifica. El Guru ha alcanzado *pūrṇatā*, la plenitud y la perfección del Ser supremo, que están hermosamente representadas en la luna llena. Cuando ofrece *dákshina*, el discípulo entiende que el reconocimiento de la plenitud y la perfección de su propio Ser, que es el fruto de la *sádhana*, yace en la benevolencia iluminadora de la gracia de Shri Guru.

Una historia de la *Chandogya Upanishad* ilustra bellamente el poder de la *dákshina*.

Un día, Satyakama Jabala, un joven buscador de una familia humilde, se acercó al Guru Gautama y le pidió que lo aceptara como estudiante. Satyakama deseaba aprender el conocimiento de Brahman, el Absoluto. El Guru aceptó a Satyakama. Sin embargo, antes de impartirle las enseñanzas sobre Brahman, el Guru le dio a Satyakama cuatrocientas cabezas de un ganado magro y débil, y lo instruyó para que lo cuidara bien.

Mientras llevaba el ganado hacia el bosque para pastar, Satyakama se prometió a sí mismo: “No regresaré a mi maestro hasta que este ganado sume mil cabezas.” Para Satyakama, estas vacas adicionales representaban la riqueza que podía surgir de sus esfuerzos y el potencial para ofrecer *dákshina* a su Guru como resultado de su trabajo.

Durante años, Satyakama vivió en el bosque, cuidando amorosamente del ganado. Debido a que Satyakama lo cuidaba fielmente, el ganado se volvió fuerte y saludable y se multiplicó, llegando finalmente a contarse en mil cabezas. Un día el toro del rebaño se dirigió a él: “Oh Satyakama, ahora somos mil. Llévanos a la casa del maestro.” Para gran asombro de Satyakama, el toro procedió entonces a exponer un aspecto de Brahman.

Al emprender Satyakama su viaje de regreso a la casa de su Guru, cada día los elementos naturales y las criaturas dilucidaban un aspecto diferente de Brahman. Primero, un pequeño fuego le explicó lo que es Brahman; luego

un ganso salvaje y después un ave acuática. Para su continuo asombro, Satyakama recibió profundas enseñanzas sobre el esplendor y la infinitud del Absoluto a lo largo de todo su camino.

Cuando Satyakama llegó de regreso a la casa de su Guru con mil cabezas de ganado, resplandecía con la luz de su logro. Complacido, Gautama dijo.

--Brillas como un conocedor de Brahman. —Y le preguntó:-- ¿Quién te dio estas enseñanzas?

Satyakama respondió:

--Seres que no son humanos me transmitieron estas enseñanzas. Sin embargo, mi venerado Guru, anhelo aún el conocimiento completo del Absoluto, así que por favor instrúyeme.

Gautama entonces le impartió a Satyakama las enseñanzas que faltaban, perfeccionando el entendimiento de Satyakama sobre el Absoluto.

Esta historia contiene varias lecciones significativas sobre la *dákshina*. Satyakama Jabala tenía un fuerte anhelo por conocer a Dios, de modo que buscó un Maestro que pudiera impartirle ese conocimiento. Cuando llevaba las vacas flacas hacia el bosque para pastar, Satyakama estableció una intención y prometió regresar con *dákshina* para su Guru. Y debido a que Satyakama permaneció fiel a la intención de su ofrenda, fue capaz de percibir la gracia y el conocimiento de su Guru brotando en todo lo que le rodeaba. El fuego, los animales, los pájaros y el precioso ganado inundaron a Satyakama con las revelaciones del yoga y encendieron la llama del conocimiento interior. La historia ilustra magníficamente la importancia de *dar* en el ciclo de dar y recibir que reside en el corazón de la relación de un discípulo con su Guru.

Cuando se ofrece *dákshina*, cuando se participa en este ciclo de dar y recibir, es importante para un discípulo mantener el enfoque en el dar. Muy

semejante al ofrecimiento de *ahutis* --las oblaciones-- en un *yajña*, el acto de entregarse uno mismo en la *sádhana* libera al discípulo de sus nociones limitantes y las restaura a su naturaleza verdadera. Como implica la historia de la *Chandogya Upánishad*, un discípulo confía en que los frutos de la *sádhana* llegarán en el momento correcto.

Es por esto que la ofrenda de *dákshina*, al igual que otras prácticas yóguicas, se debe realizar sin expectativas. Al hacer un ofrecimiento al Guru con una actitud desinteresada, el discípulo cultiva virtudes tales como la generosidad y la gratitud, y se vuelve más apto para experimentar su propia pureza innata. Al honrar a aquel que nos otorga gracia y conocimiento verdadero, el discípulo se vuelve uno con ese conocimiento, uno con la dicha del Ser.